

Una madre narra sus vivencias ante...

La llegada de un niño

Por Idide María Rigual González

En familia

Un niño deseado es siempre una fuente de alegría para todos en una familia. Durante nueve meses, incluso mucho antes, la expectativa y la ansiedad por lo que será, llena casi todo nuestro pensamiento. No creemos que pueda nacer enfermo, no estamos preparados para eso. No nacemos sabiendo cómo criar a nuestros hijos, mucho menos cómo educar a un niño con necesidades educativas especiales, en resumen a "un niño especial". Nuestra primera frustración

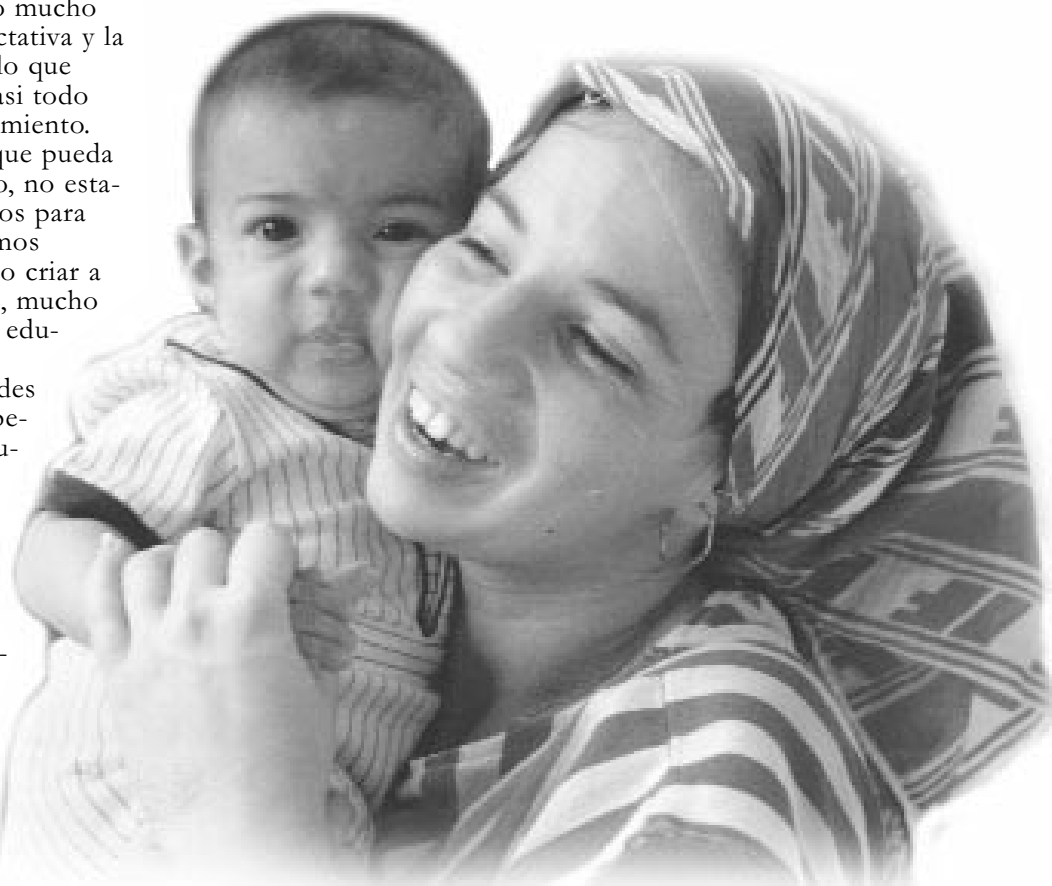
viene cuando el médico nos informa el diagnóstico o la patología: *su niño tiene trastornos en el desarrollo, retardo psicomotor, retraso mental, problemas en la comunicación, o su hijo es autista*. Eso nos parece como una gran muralla infranqueable,

algo oscuro y muy pesado. Es una palabra fea, una palabra de otro planeta.

Comienza entonces un largo camino lleno de tortuosas fases, que necesariamente tenemos que vencer, una a una, si queremos que realmente nuestro hijo salga adelante.

Negamos ante todos y ante nosotros mismos que pueda tener algún problema. Empiezan las culpas y las búsquedas de los por qué, ¿qué hicimos mal, si todos en la familia somos tan perfectos?, ¿cómo es posible, si se ve tan normal?, ¿si hace cosas muy bien, por qué otras más simples no logra siquiera entenderlas?

Entonces comenzamos a desentrañar nombres de enfermedades, de diagnósticos, es prácticamente una investigación de una tesis de grado. El no saber, el sentirnos ignorantes e impotentes, el buscar respuestas en nuestros antepasados, esa incertidumbre, ese desconcierto es nuestro peor enemigo. No



ESPECIAL

importa cuan alto sea nuestro nivel escolar, no importa la raza, no importa el país, no importa el clima. Es un accidente fortuito que seamos escogidos como padres de niños autistas.

Asumirlo es el primer escalón para superarnos, es la primera fase de la aceptación total. El comenzar a vernos nosotros también como padres normales, y digo esto porque al tener un niño o una niña especiales, también nosotros somos padres especiales, esta nueva visión es muy importante para el pequeño.

Cuando finalmente aceptamos nuestra realidad sentimos un gran alivio, y nuestras fuerzas se redimensionan y se dirigen en lo adelante hacia las posibles soluciones. Ya no perderemos tiempo en buscar causas, sino mejoras.

Al escribir estas líneas me remonto a mi niñez y recuerdo la anécdota del hombre de la Edad de Piedra que conoce por primera vez el fuego, u observa la primicia de una estrella fugaz, o simplemente el amanecer y el atardecer de cualquier día. Cuánta ansiedad deben haber sentido por su desconocimiento de fenómenos naturales que hoy son tan familiares. Cuánta ansiedad sentirá nuestro niño cuando nos quiere comunicar algún mensaje con sus pataletas, sus manías, sus perseverancias, sus gestos repetitivos, sus dibujos excesi-

vos por todas las paredes de la casa, sus vómitos aparentemente sin control, sus pellizcos y hasta con sus silencios. Es una paradoja muy representativa, ¿no creen? ¿Qué nos querrá comunicar nuestro pequeño hombrecito de La Edad de Piedra? Realmente lleva tiempo reconocer el hecho. Los padres que como yo han pasado por esta experiencia,



de seguro asentirán cuando lean estas líneas.

Qué sensación de gratitud cuando logramos entender el porqué de sus actitudes. Qué tranquilidad sentimos cuando dejamos de preocuparnos por las causas de su mal y comenzamos a pensar en cómo ayudarlo a sentirse mejor, más seguro, a brindarle apoyo, a mostrarle que no estamos angustiados;

es entonces en ese momento, cuando comenzamos a crecer como seres humanos y logramos realmente convertirnos en padres y madres felices, y logramos hacerlo también una persona feliz.

Difícil es acostumbrarnos a su lenguaje por señas, a su torpe caminar, a sus soledades, sus angustias, sus agresiones, sus incomprensiones. Nos toma tiempo aceptarlo realmente tal y como es, como un ser singular y con los mismos derechos que otros niños. Al final del camino aprendemos a convivir con todo eso.

Tratar de descifrar cómo podía en tan poco tiempo terminar un rompecabezas de cien piezas, cómo sin haber formado los bordes del recuadro ya sabía de antemano dónde iba cada pedazo. Cómo puede repetir fechas exactas y nombres complicados aunque los haya oído solo una vez. Cómo podía leer tan rápido con la vista y llegar a los ocho años sin decir siquiera una sola palabra. Todo esto nos inquietaba mucho, hasta que el psiquiatra nos explicó que su memoria visual le permite hacer como fotografías de todo lo que ve y de forma muy rápida esa información se graba en su cerebro.

Ahora me pregunto qué habrá querido decir mi niño cuando con sus crayolas plasmaba círculos y más círculos por cuanto espacio de pared libre veía en la casa. Todavía escribe, solo que ahora son palabras en vez de círculos. En cuanto pedazo de papel se encuentra escribe sin parar. A veces quiero raspar las paredes y como

los restauradores tratar de descifrar lo que años atrás con su rupestre pintura su cerebro trataba de comunicarme. Creo que será imposible entenderlo en su totalidad, pero el hecho de aceptarlo como es resulta lo más importante. De todas formas nos queda el regocijo de haber asumido en familia: *la llegada de un feliz niño especial.* 🐾